



## Última esperanza para el hurón de patas negras. Su reintroducción en Chihuahua

Gerardo Ceballos\*

Los extensos pastizales que dominaban el paisaje del noreste de Chihuahua ya eran historia. Poco a poco habían sido literalmente devorados por el avance inexorable de los matorrales áridos, mejor adaptados a las nuevas condiciones ambientales. Los indígenas atribuían los cambios en el clima a sus dioses implacables. La realidad era otra. La tierra entraba a un nuevo periodo interglacial, con importantes cambios climáticos. En esa región el clima se tornó más seco, con menor cantidad de lluvias erráticas. Los últimos pastizales todavía mantenían una colonia de perros llaneros (*Cynomys ludovicianus*), con algunos hurones de patas negras (*Mustela nigripes*), que habrían de desaparecer en las siguientes décadas. Mil años después, fueron descubiertos algunos de esos restos semi fosilizados, que quedaron enterrados por causas fortuitas en una cueva cerca de Jiménez, pequeño poblado al sureste de la ciudad de Chihuahua.

En 1988 los hurones ya se habían extinguido en México y las praderas con perros llaneros sólo se encontraban en un área de alrededor de 50 mil hectáreas en el noroeste de Chihuahua, entre los límites con Sonora y Nuevo México, Estados Unidos. Ese año iniciamos un estudio para conocer la distribución de los perros llaneros en esa región. No se conocía entonces su situación y desde 1972 la comunidad científica no tenía datos sobre su existencia en México. Nos interesaba esa circunstancia ya que esta especie es considerada como clave en las comunidades naturales, debido a que destruye a los arbustos para tener visibilidad y protegerse de los depredadores, lo que impide el avance del matorral árido, especialmente cuando existe sobre pastoreo, una situación por demás común. En ese entonces teníamos una vaga idea de que los perros llaneros de Chihuahua se encon-

traban en la región de Janos y Nuevo Casas Grandes, que es muy conocida por las ruinas de Paquimé.

Hace un siglo un famoso naturalista visitó esa región y se sorprendió con su belleza y fauna silvestre. Una descripción de su viaje evoca recuerdos de otras épocas:



Chihuahua, praderas de Janos

“El fino polvo, que se pegaba en todo el cuerpo, había sido un problema durante la última parte del largo recorrido, en especial para la sección de la caravana que protegía la retaguardia. El intenso calor, que alcanzaba 43 grados centígrados, era, sin embargo, lo que había hecho esta travesía pesadísima. El Mayor Edgar A. Mearns se limpió el sudor del rostro y se regocijó al reconocer en el horizonte a las montañas de la Sierra de San Luis, en la frontera entre Nuevo México en Estados Unidos, y Chihuahua y Sonora en México. El paisaje, con extensas planicies y aisladas montañas como islas, era de sorprendente belleza. La fauna era abundante y magnífica. Decidí establecer el campamento en un bosque de galería con abundantes álamos cerca de un arroyo estacional, y permanecer algunos días en esta región. Mearns era el médico cirujano encargado

\* Investigador del Laboratorio de Ecología y Conservación de Fauna Silvestre del Instituto de Ecología de la UNAM

de la salud de la comitiva americana de la Comisión Internacional de los Límites entre México y Estados Unidos. Su interés por la historia natural lo llevó a ingeniárselas para que el gobierno de los Estados Unidos le permitiera además coleccionar plantas y animales entre 1892 y 1894, periodo en el que se establecieron los monumentos que señalarían los nuevos límites entre los dos países. En su trabajo de campo en la Sierra de San Luis observaría venados bura, venados cola blanca, pecaríes, grandes manadas de berrendos, borregos cimarrones, lobos, osos negros, osos grises, castores y muchas otras especies de mamíferos. Algo de lo que más le sorprendió fue, sin embargo, las inmensas colonias de perritos llaneros, también llamados perritos de las praderas (*Cynomys ludovicianus*), que se extendían por cientos de kilómetros. En la base de la Sierra de San Luis y el Valle de las Ánimas (Nuevo México), encontró una colonia que albergaba millones de perritos, espectáculo que nunca habría de olvidar.<sup>21</sup>

Tampoco lo olvidamos nosotros. El descubrir esta colonia tuvo efectos inesperados en el rumbo que habría de tomar nuestro trabajo profesional. En primer lugar, fue tal la impresión que nos causó su enorme extensión que decidimos iniciar un esfuerzo para protegerla como reserva biológica, una empresa que habría de ocupar gran parte de nuestro tiempo la siguiente década. Por otro lado, con sorpresa descubrimos que esta colonia era el remanente de perros llaneros de mayor extensión en todo Norteamérica. Los pastizales —al parecer interminables— de antaño con perros llaneros habían quedado reducidos a un patético 5% de su extensión original. El avance de la agricultura y la ganadería, el envenenamiento de los perros llaneros por considerárseles una plaga, el avance del matorral y las epidemias de peste, habían prácticamente acabado con todo un ecosistema. Una víctima indirecta de esta destrucción fue el hurón de patas negras, que para entonces estaba casi extinto en estado natural y sólo sobrevivía en zoológicos y centros de reproducción de especies en peligro de extinción. El hurón es un carnívoro que está especializado en alimentarse casi exclusivamente de perros llaneros. Su tamaño pequeño y su cuerpo largo y esbelto le permiten ser un eficiente depredador

de los perros llaneros, ya que puede introducirse a sus madrigueras para cazarlos. La distribución original de ambas especies coincidía de manera muy estrecha, por lo que la desaparición de una especie arrasó irremediablemente a la otra.

En 1988 la situación del hurón era crítica. Se encontraba al borde mismo de la extinción. Su recuperación presentaba problemas formidables. El Servicio de Fauna Silvestre de Estados Unidos emprendió un ambicioso y polémico programa de recuperación que continúa hoy en día, y consiste básicamente en reproducirlos en cautiverio y liberarlos en sitios adecuados. Un problema fundamental del programa ha sido la escasez de pastizales con perros llaneros suficientemente extensos para mantener poblaciones biológicamente viables, que se puedan mantener sin intervención humana. En 1988 comprendimos que la región de Janos, con sus pastizales y colonias de perros llaneros, eran tal vez el sitio más propicio para tratar de establecer una población de los hurones de patas negras, por lo que propusimos formalmente al programa de recuperación de los hurones que consideraran a México en sus planes.

Largo sería el camino que habríamos de recorrer en este intento, en el que nuestro grupo de trabajo con mis colegas Rurik List y Jesús Pacheco, miembros también del Instituto de Ecología de la UNAM, no escatimó esfuerzo por recabar toda la información necesaria para asegurar el éxito del proyecto. La mañana del 18 de septiembre del año 2001 fue histórica, ya que nos reunimos en la frontera entre Ciudad Juárez y El Paso, Texas, para recibir a los primeros hurones. En una camioneta del Servicio de Fauna Silvestre de Estados Unidos, Mike Lockhart, director del Programa, transportaba en pequeñas jaulas a cuatro pequeños hurones, pioneros de este extraordinario evento —la primera reintroducción en México de una especie localmente extinta, que brinda esperanza a otras especies como el cóndor de California y el lobo mexicano, para los que México es ahora tierra extraña.

Después de varias horas de trámites burocráticos cruzamos la frontera. El camino

entre Juárez y Janos se nos hizo eterno. Más eterno debe haber sido para los hurones, que habían desaparecido de estos horizontes hace siglos. Los últimos rayos del sol iluminaron de fuego el horizonte. Ya entrada la noche llegamos a la pradera. Uno a uno liberamos a los hurones, que se perdieron en la oscuridad de la noche, bajo un cielo coronado por mil estrellas y un frío intenso. Últimos de su especie agonizante, su liberación en Janos marcó el inicio de un nuevo ciclo que da esperanza a su especie, y con el paso del tiempo será testigo del final de esta historia.



El hurón de patas negras

1 Mearns, E. A. 1907. "Mammals of the Mexican boundary of the United States". *United States National Museum Bulletin*, 56: 1-530.